



JOHN STEINBECK
EL BREVE REINADO
DE PIPINO IV

París, un año de estos. Los representantes de los distintos partidos en la Asamblea Nacional no consiguen ponerse de acuerdo para formar un gobierno estable. Poco a poco va imponiéndose una solución de compromiso: restaurar la monarquía. El candidato ideal parece ser el último descendiente del reinado de Carlomagno, Pipino Arnulfo Héristal, un modesto rentista que lleva una cómoda y apacible existencia dedicado a su gran afición, la astronomía. El único problema es que Pipino no desea ser rey. A regañadientes, acepta la corona. No tardará en darse cuenta de que su papel es el de mero comparsa en el tráfigo de intrigas políticas de París, lo que no le impedirá intentar lo imposible: ser el rey de todos los franceses y propiciar un cambio profundo de las caducas estructuras de ese reino improvisado.

El breve reinado de Pipino IV es posiblemente la novela más gamberra y delirante de John Steinbeck (California, 1902-Nueva York, 1968), una sátira mordaz y despiadada del poder y la corrupción política por la que desfilan una serie de personajes dibujados con mano maestra: la hija del rey, Clotilde Héristal, existencialista y caprichosa; su novio Tod, vástago de una acaudalada familia norteamericana de criadores de pollos; el tío Charlie, simpático *bon vivant* que se dedica a la venta de cuadros falsos; y, por supuesto, el propio Pipino, un héroe por accidente, un monarca idealista que recorre el país de incógnito y a lomos de una Vespa para comprobar en persona las condiciones de vida de sus súbditos. Llena de situaciones cómicas y absurdas, *El breve reinado de Pipino IV* representa la veta más divertida y cáustica del narrador californiano, Premio Nobel de Literatura en 1962 y autor de obras inolvidables como *Las uvas de la ira*, *Al este del edén* o *Tortilla Flat*.

Índice de contenido

Cubierta

El breve reinado de Pipino IV

Capítulo 1

Sobre el autor

Notas

A mi hermana Esther.

Capítulo 1

EL NUMERO uno de la Avenida Marigny de París es una casona cuadrada de apariencia venerable y severa. La mansión se alza en la esquina donde la Avenida Marigny atraviesa la Avenida Gabriel, separada por una corta calle de los Campos Elíseos y frente al Palacio del Eliseo, que es la residencia del presidente de Francia. El número uno colinda con un patio cubierto por un tejado de vidrio, al otro lado del cual se levanta un edificio alto y angosto, que antaño fue caballerizas y alojamiento de los cocheros. En la planta baja están todavía las caballerizas, elegantísimas con sus pesabres y abrevaderos de mármol tallado, pero encima de ellas hay tres pisos agradables, formando una casa pequeña aunque simpática en el centro de París. Amplias puertas vidrieras se abren en el segundo piso sobre la parte sin techo del patio que comunica a los dos edificios.

Se dice que el número uno, juntamente con su cochera, fue construido para que sirviera como cuartel general en París de los Caballeros de San Juan, pero a la sazón es propiedad y está ocupado por una noble familia francesa que, durante varios años, ha alquilado la cochera transformada, el uso del patio y la mitad de la terraza que une a las dos casas, al señor Pipino Arnulfo Héristal y su familia, compuesta por su esposa, Marie, y su hija, Clotilde. Poco después de haber tomado en arriendo la antigua casa de los palafreneros, el señor Héristal visitó a su noble casero y solicitó permiso para construir la base y montar, en la parte de la terraza a la cual tenía acceso, un telescopio de refrac-

ción da veinte centímetros. Esta petición fue otorgada y, después de eso, como quiera que el señor Héristal pagaba la renta puntualmente, la relación entre ambas familias se limitó a los saludos de cortesía cuando por azar se encontraban en el patio, el cual, por supuesto, estaba protegido por pesados barrotes de hierro del lado de la calle. Héristal y el casero compartían un mismo portero, un provinciano melancólico que, después de llevar años viviendo en París, todavía se obstinaba en no creerlo. Y el noble casero nunca tuvo motivos de queja, ya que el pasatiempo celestial del señor Héristal era llevado a cabo durante la noche y silenciosamente. Las pasiones de la astronomía, sin embargo, no son menos intensas porque no sean ruidosas.

La renta de Héristal era casi perfecta en su especie para un francés. Provenía de ciertas laderas orientadas al este cerca de Auxerre, en el río Loira, en las cuales las viñas absorbían la benevolencia de los rayos mañaneros del sol y evitaban los venenos de la tarde, y esto, juntamente con un suelo feraz y una bodega de temperatura perfecta, producía un vino blanco que resultaba al paladar como al olfato el perfume de las flores silvestres en la primavera; un vino que, si bien perdía calidad al viajar, no tenía necesidad de hacerlo, ya que sus devotos iban en peregrinación hacia él. Esta heredad, aunque pequeña, era posiblemente lo más selecto de unas posesiones que otrora fueron muy extensas. Además, estaba cultivada y atendida por arrendatarios expertos hasta el punto de que su trabajo parecía cosa de magia, y que, por si fuera poco, pagaban su arriendo regularmente, y lo habían hecho generación tras generación. El ingreso de Héristal distaba mucho de ser generoso, pero era constante y le permitía vivir cómodamente en la cochera del número 1 de la Avenida Marigny; asistir a representaciones teatrales cuidadosamente seleccionadas, a conciertos y funciones de ballet; comprar libros a medida que los necesitaba, y escudriñar, como un digno aficionado, los cielos increíbles del octavo distrito de París. Realmente, si Pi-

pino Hérystal hubiese podido elegir la vida que más le gustaría vivir, se hubiera pronunciado, con muy pocos cambios, en favor de la vida que hacía en febrero del año 19. Era un hombre de cincuenta y cuatro años, cenceño, apuesto y, según creía, saludable. Con lo cual quiero decir que su salud era tan buena que ni se daba cuenta de que gozaba de ella.

Su esposa, Marie, era una buena esposa y buena administradora; sabía cuáles eran sus dominios y permanecía en ellos. Era una mujer rolliza y simpática, que en otras circunstancias podría haber ocupado su lugar en el mostrador de un pequeño restaurante de primera categoría. Como muchas de las mujeres francesas de su clase, odiaba el despilfarro y a los herejes, considerando a estos últimos como un buen material desperdiciado para el cielo. Admiraba a su esposo sin tratar de comprenderlo y tenía un grado de amistad con él que no se encuentra en esos matrimonios donde el amor apasionado inflama la paz de la mente. Su deber, tal como ella lo entendía, era mantener un hogar cómodo, limpio y económico para su marido y su hija, hacer cuanto estuviera de su parte por el buen estado de su hígado y seguir haciendo los pagos espirituales de la propiedad que tenía en custodia en el cielo. Estas actividades le ocupaban todo el tiempo. Su desbordamiento emocional era absorbido por alguna disputa con la cocinera, Rose, y su constante actividad bélica con el vinatero y el encargado de la tienda de comestibles, que eran granujas y cochinos y, en determinadas épocas del año, viejos camellos. La amiga más íntima de la señora, y quizás su única confidente, era Hyacinthe, la hermana religiosa de la que oiremos hablar más tarde.

Hérystal era francés por los cuatro costados. Por ejemplo, no creía que fuese pecado no hablar francés y consideraba como una afectación que un francés aprendiese otros idiomas. Él sabía inglés, italiano y alemán. Tenía un docto interés por el jazz progresista y le encantaban las caricatu-

ras de la revista humorística inglesa *Punch*. Admiraba a los ingleses por su intensidad de sentimientos y su pasión por las rosas, los caballos y algunas maneras de conducirse.

«Un inglés es una bomba —solía decir—, pero una bomba con la espoleta escondida». También observaba que «cualquier generalidad que uno aplique a los ingleses llega un momento en que resulta que no es cierta». Y solía continuar: «¡Qué diferentes son de los norteamericanos!»

Conocía y le gustaban Colé Porter, Ludwig Bemelmans y, hasta hacía pocos años antes, había conocido al sesenta por ciento de los componentes del grupo musical *Harmonica Rascals*. En una ocasión estrechó la mano a Louis Armstrong y, al hablarle, se dirigió a él como *Cher Maître Satchmo*, a lo cual el maestro replicó: «Vosotros, gabachos, no hacéis más que imitarme».

La familia Hérystal vivía con holgura económica pero sin lujos y ajustándose cuidadosamente a su renta, la cual era suficiente para proveer a la vida agradable aunque frugal que, como buenos franceses, preferían llevar Pipino y su esposa. El principal derroche del señor eran las inversiones que hacía en instrumentos de astronomía. Su telescopio, de potencia mayor que la de un aficionado, estaba equipado con un montaje de peso y estabilidad suficiente para contrarrestar la oscilación, y un mecanismo para compensar el movimiento de rotación de la Tierra. Algunas de las fotografías celestes de Pipino habían sido publicadas en la revista *Match*, y con justicia, porque a él se le concede el crédito de haber descubierto el cometa de 1951, denominado Cometa Eliseo. Un aficionado japonés de California, Walter Haschi, informó simultáneamente acerca de este cometa y compartía el crédito del descubrimiento. Haschi y Hérystal todavía mantenían una correspondencia regular y comparaban fotografías y técnicas.

En circunstancias ordinarias, Pipino leía cuatro periódicos, como cualquier buen ciudadano al corriente de la vida pública. No era un hombre político, salvo en lo concier-

te a que desconfiaba de todos los gobiernos, particularmente del que estaba en el poder, pero esto puede considerarse como una característica más francesa que individual.

La familia Hérystal fue bendecida con una sola hija: Clotilde, de veinte años de edad, intensa, violenta, bonita y con exceso de peso. Sus antecedentes eran interesantes. A edad temprana se había rebelado contra todo lo que se le ocurrió. A los catorce años Clotilde resolvió ser doctora en medicina, a los quince escribió una novela titulada *Adieu Ma Vie*, que alcanzó una gran venta y sirvió de argumento para una película. Como resultado de su éxito literario y cinematográfico, hizo un recorrido por los Estados Unidos y regresó a Francia llevando pantalones azules de vaquero, botas de montar y camisa de hombre, estilo de vestir que instantáneamente fue adoptado por millones de muchachitas que fueron conocidas durante varios años como «Les Jeannes Blues» y causaron dolores sin cuento a sus padres. Se decía que Les Jeannes Blues eran, si ello era posible, más desaliñadas y malolientes que los existencialistas, mientras que sus piruetas bailando el *jitterbug* con la cara seria hicieron que muchos padres franceses se llevaran los puños a la cabeza.

De las artes, Clotilde pasó directamente a la política. A los dieciséis años y medio se unió a los comunistas y tenía el récord de todos los tiempos de permanecer de guardia sesenta y dos horas con los huelguistas de la planta Citroën. Fue durante esta asociación con las clases inferiores cuando Clotilde conoció al Père Méchant, el pequeño sacerdote del Frontón, quien la impresionó de tal manera que pensó seriamente en tomar el velo en una orden de monjas dedicadas al silencio, al pan negro y hacer la pedicura a los pobres. Santa Ana, patrona de los pies, fue la fundadora de la Orden.

El 14 de febrero ocurrió un accidente celestial que tuvo un marcado efecto en la familia Héristal. Una lluvia preequinoccial de meteoros hizo su aparición intempestivamente y sin que nada la hiciera presagiar. Pipino trabajó frenéticamente con los cielos resplandecientes, exponiendo placa tras placa de fotografía, pero, incluso antes de que se retirara al cuarto oscuro que tenía instalado en el sótano de las caballerizas donde se guardaba el vino, sabía que su cámara no era adecuada para detener la rauda huida de los ardientes proyectiles. El revelado de la película confirmó sus temores. Jurando en voz baja, se encaminó hacia un gran establecimiento de aparatos ópticos, conferenció con la dirección y telefoneó a varios amigos doctos en la materia. Luego regresó paseando desganadamente al número 1 de la Avenida Marigny, y tan preocupado iba que no se fijó en que los Guardias Republicanos, con las corazas relucientes y cascos con el penacho de plumas rojas, se arremolinaban con sus caballos alrededor de las verjas de entrada del Palacio del Elíseo.

La señora estaba enzarzada en una discusión con Rose, la cocinera, en el momento en que Pipino subía por las escaleras. Salió de pronto de la cocina, victoriosa y con el rostro un poco encendido, mientras los gruñidos de la derrotada Rose la seguían en su marcha por el corredor.

Una vez en el salón explicó a su esposo:

—Cerró la ventana teniendo el queso adentro; un kilo entero de queso ahogándose toda la noche con la ventana cerrada. ¿Y sabes cuál fue la excusa que me dio? Que tenía frío. Ahí tienes: para que ella esté cómoda, el queso se debe asfixiar. Ya no se puede tener confianza en los criados.

—Se encuentra uno en una situación difícil —comentó él.

—¿Difícil? Claro que es difícil con esta especie de trastos que se hacen llamar cocineras...

—Señora..., sigue la lluvia de meteoros. Esto es una cosa confirmada. Creo que debo comprar una cámara nueva.

La salida de dinero caía por entero dentro de la jurisdicción de la señora. Permaneció silenciosa, pero el señor presintió el peligro al advertir que su esposa entrecerraba los párpados y sus manos se alzaban lentamente hasta detenerse sobre las caderas. Pipino prosiguió en tono desasosegado:

—Es una decisión que se debe tomar. Nadie tiene la culpa. Podría afirmarse que la orden viene del mismo cielo.

La voz de la señora fue de acero:

—¿Y el costo de esta... de esta cámara?

Pipino mencionó un precio que hizo estremecer a su robusta mujer como si hubiese ocurrido una explosión interna. Pero casi inmediatamente reorganizó sus fuerzas con una disciplina de hierro y se dispuso al ataque.

—El mes pasado, señor, fue una nueva... ¿Cómo se llama? El desembolso hecho para película es ya ruinoso. ¿Me permite que le recuerde la carta recibida recientemente de Auxerre, la necesidad de conseguir nueva tonelería, la insistencia con que se menciona que tenemos que correr con la mitad de los gastos?

—Señora —arguyó Pipino—, yo no hice bajar la lluvia de meteoros.

—Tampoco podré yo los toneles de Auxerre.

—No me queda otra solución, señora.

Marie pareció alzarse, imponente como un castillo fortificado, y en torno a ella se formó una atmósfera sombría como una tormenta personal.

—El señor es el amo de la casa —dijo—. Si el señor desea permitir que los meteoros traigan la bancarrota sobre las cabezas de su familia..., ¿quién soy yo para quejarme? Debo ir a presentarle mis excusas a Rose. Un kilo de queso asfijado es una risible nadería comparado con las pompas de luz de la película. ¿Puede uno comer meteoros, señor? ¿Se los puede poner uno encima para evitar la humedad de

la noche? ¿Se pueden hacer toneles con estos preciados meteoros? Señor, usted es quien debe decidir. —Y salió reposadamente de la habitación con pasos que la calma insinuaba más fatales.

La cólera libró una batalla con el pánico dentro de Pipino Héristal. A través de las puertas vidrieras dobles podía ver su telescopio envuelto en la funda de seda impermeable. Y triunfó la cólera. Bajó las escaleras con modales adustos, se encasquetó el sombrero aplastándolo sobre su cabeza, agarró el bastón del colgador y la cartera de documentos de Clotilde de encima de la mesa. Cruzó el patio con furiosa dignidad y esperó mientras el portero abría el portón de hierro. En un momento de debilidad miró hacia atrás y vio a la señora que lo estaba observando desde la ventana de la cocina y a Rose frunciendo el ceño regocijadamente al lado de ella.

—Voy a ver al tío Charles —anunció Pipino Héristal, y cerró tras sí, ruidosamente, el portón de hierro.

Charles Martel era el propietario de una pequeña pero próspera galería de arte y tienda de antigüedades en la calle del Sena, un establecimiento oscuro y agradable con cuadros provocativos y adecuadamente mal alumbrados. Vendía pinturas sin firma que no quería garantizar como Renoirs de su primera época, y también piezas de cristal, dorados y baratijas que podía atestiguar, y lo hacía, que venían de casas antiguas y grandes de Francia.

Al fondo de la galería de arte una cortina de terciopelo rojo ocultaba uno de los alojamientos de soltero más cómodo y discreto de todo París. Sentarse en los sillones, mullidos con cojines de terciopelo rellenos de plumón, era una delicia. Su cama, un triunfo de la artesanía napoleónica en madera dorada, tenía la cabecera curvada y los pies semejaban la proa y la popa de una galera de los vikingos, que tenían forma de dragón. Durante el día un cubrecama y almohadas hechas de paños de altar de tonos suaves trans-

formaban su improvisado dormitorio en un rincón encantador, incitante y sutilmente pecaminoso. Lámparas de pantallas verdes difundían en la habitación la luz suficiente para realzar bellezas y esconder defectos. Los elementos de que se componía su cocina, un fregadero y una estufa de gas, quedaban ocultos detrás de un biombo chino al que los años habían suavizado dándole un tono perlado negro y de manteca derretida. Su biblioteca estaba llena de volúmenes encuadernados en piel y dorados, atractivos para la vista pero sin invitar a que se les leyera.

Charles siempre había sido un hombre mundano, de modales suaves pero inflexible, de porte y ropas impecables. Ahora, ya bien corridos los sesenta años, seguía adorando a las señoras y su urbanidad hacía señoras de todas las mujeres hasta que ellas insistían para que fuese de otro modo. Incluso en esta época, cuando su impulso tendía más hacia el sueño que el galanteo, mantenía tan en alto su estandarte que las jóvenes señoras elegidas sentían una grata emoción al ser invitadas a trasponer la roja cortina de terciopelo para tomar un aperitivo. Y por lo que se refería a la capacidad de Charles no quedaban desilusionadas. Una puertecita se abría sobre un callejón detrás de la tienda...; era una cosita de nada, pero que daba confianza a sus compañías.

Cuando el custodio de un nombre antiguo y un castillo poblado de murciélagos necesitaba un día de esparcimiento en Auteuil, o forros nuevos para un abrigo de cuello de pieles, ¿a qué sitio se podía llevar mejor la araña de cristal tallado del salón de baile, o la mesa juego con incrustaciones que fue otrora propiedad de la amante de un rey, sino en la galería del tío Charles? Y un grupo selecto de clientes sabía que, si se le ponía en el trance, Charles Martel podía surgir con un objeto raro. Willie Chitling, el productor cinematográfico, construyó toda la cantina de su casa rancho en Palm Springs con los muebles, artesonado, y altar del siglo XIII procedentes de la capilla del Château Vieilleculotte.

Charles también hacía préstamos razonables. Se decía que tenía en su poder pagarés personales de nueve de los Doce Pares de Francia.

Charles Martel era tío y amigo de Pipino Arnulfo Héristal. Salió de su campo de acción del negocio de baratijas y objetos de arte con objeto de localizar los discos Bix Beiderbecke para la colección casi perfecta de Pipino.

También era el consejero de su sobrino en asuntos espirituales y temporales.

Cuando Héristal entró como una tromba en la galería de arte de la calle del Sena, Charles notó que había llegado en taxi. La misión, por lo tanto, era grave.

Charles indicó a su sobrino, con un ademán, que cruzara por la cortina de terciopelo y concluyó rápidamente la venta de un estuche de maquillaje de la época de Luis XV a una anciana señora turista, a la cual no le servía para nada. Cerró la transacción no bajando el precio sino elevándolo súbitamente, lo cual convenció a la dama de que debía comprarlo inmediatamente porque de lo contrario no lo podría conseguir ya. Charles la acompañó hasta la salida y la despidió con una inclinación de cabeza, cerró la puerta del frente del establecimiento y colgó un letrero maltratado en el que se leía: «Cerrado por Renovación». Después él también traspuso la cortina de terciopelo y saludó a su sobrino, que se paseaba nerviosamente por la habitación.

—Estás agitado, hijo mío —dijo—. Siéntate, siéntate. Déjame que te sirva una gota de coñac para los nervios.

—Estoy furioso —declaró Pipino, pero tomó asiento y aceptó la copa de coñac.

—¿Se trata de Marie? —preguntó el tío Charles—. ¿O quizás de Clotilde?

—Se trata de Marie.

—¿Es por cuestión de dinero?

—Sí, es por dinero —respondió Pipino.

—¿Cuánto?

—No vine a pedir prestado.

—¿Vienes, entonces, a quejarte?

—Efectivamente, a quejarme.

—Buena idea. Eso elimina las presiones. Regresarás a tu casa con un humor más agradable; en resumen, convertido en un mejor esposo. ¿Deseas ser concreto en tu queja?

Pipino explicó:

—Una lluvia imprevista de meteoros se ha desatado sin consideración alguna en la atmósfera de la Tierra. Mi cámara fotográfica no es adecuada para... En fin, necesito una nueva cámara.

—Es cara, y Marie no encuentra que es necesaria, ¿no es eso?

—Comprendes la situación perfectamente. Puso un rostro de mujer herida, esa condenada expresión de haber sido ofendida, pero está fraguando la venganza.

—¿Has comprado la cámara?

—Todavía no.

—Pero ya lo has decidido.

—Entiende tío, es una cosa rara encontrar lluvias de meteoros en esta época del año. ¿Quién sabe lo que está sucediendo allá arriba? No te olvides de que fui yo el primero que informé de la aparición del Cometa Eliseo. La Academia me recomendó. Y se susurra que en un futuro no muy lejano quizás sea elegido.

—Enhorabuena, hijo mío. ¡Qué honor! Si bien yo, personalmente, no miro los cielos con pasión, estoy en favor de ella, cualquiera que sea su origen. Bueno, comienza a exponer tu queja, mi querido sobrino. Veamos, yo soy Marie y tú eres tú. ¿Comenzamos por el hecho innegable de que tu renta proviene de tus propiedades, y no de la *dote*?

—Exactamente.

—Estas tierras han pertenecido a tu familia desde los albores de la historia.

—Desde que los francos sálicos la invadieron desde el este.